



Actual (Mérida) (29): 65-76,
Mayo - Agosto 1994.

ANTES DE LA BATALLA DE AYACUCHO UN YANKEE ENTREVISTA A SIMON BOLIVAR

Carlos Edsel

Una tarde de mayo de 1824 llegaron al Cuartel General de Simón Bolívar, ubicado en la villa peruana de Huaraz, dos fatigados viajeros cuyo aspecto denotaba las penalidades de una larga y difícil travesía por los ásperos caminos de la sierra andina.

Uno de ellos, alto y de porte distinguido, de cabellos rubios, con barba de muchos días, manifestó al prefecto de la pequeña población, un coronel del ejército patriota, que su misión era entregar personalmente al Libertador ciertos recaudos de suma importancia.

El hombre que hablaba con cierta dificultad el español, se identificó como Hiram Paulding, oficial de la marina norteamericana al servicio del Comodoro Isaac Hull, Comandante de las Fuerzas Navales de los Estados Unidos en el Pacífico.

DE LOS ARDIENTES ARENALES DEL PACÍFICO A LOS FRÍOS VENTISQUEROS DE LOS ANDES

Hiram Paulding y su acompañante Mr. Hunter se habían embarcado en el puerto del Callao el 4 de junio, en la goleta de guerra norteamericana Dolphin y dos días más tarde desembarcaron en la pequeña villa de Huacho, al norte de Lima. Allí se encontraron casualmente con un oficial patriota que les dio algunas orientadoras noticias de cómo poder llegar al Cuartel General de Simón Bolívar, quien al frente de los ejércitos combinados de la Gran Colombia y Perú, atravesaba los Andes en busca de las fuerzas realistas del Virrey La Serna.

Los dos viajeros tomaron alojamiento en la casa del gobernador de la pequeña y miserable villa. Y refiere el norteamericano que le resultaba sumamente difícil hacerle entender al funcionario el objeto de su misión y lo tocante a sus deberes oficiales para con él. «Sobre lo cual se aconsejó con algunos de sus subalternos y apoyándose en mis explicaciones en mal español, por fin me convenció de que estaba dispuesto a suplir con su celo la falta de inteligencia. En consecuencia, me dio un pasaporte que hubiera hecho honor al inmortal gobernador de la ínsula Barataria. En él mandaba a todos los gobernadores de los pueblos, a todos los oficiales civiles y militares y a todas las clases de habitantes del Perú, a que me suministrasen bagajes, guías, víveres y toda clase de auxilios que necesitase hasta llegar al Cuartel General del Libertador Simón Bolívar».

Estando instruido de antemano de lo que era viajar por el Perú en aquellos años de guerra, Paulding se había previsto de una cama ligera portátil, silla de montar, freno y armas. «Y no se pasó mucho tiempo sin experimentar la utilidad del primero de estos utensilios, porque el gobernador no tenía un colchón que pudiese proporcionar por una noche».

El recorrido resultó prodigioso en incidentes pintorescos.

Paulding y Mr. Hunter pasaron por Pativilca, donde un comedido gobernador los agasajó con carne de cabra y vino poco aventajado. Después por una antigua fortaleza inca con restos humanos esparcidos por el suelo. Muy cansados llegaron a Huaracanga, donde tan sólo pudieron comer unas esqueléticas raíces de yuca. Luego en Gulcán tuvieron que amenazar con la cólera del Libertador al alcalde del pueblo para que les facilitara bestias, guías y alimentos. En Chancallan, sobre las cumbres de la sierra, andando por caminos circundados de horrosos precipicios, toparon con un gobernador que los obsequió con caldo y casabe. Más tarde, Mr. Hunter fue afectado por el soroche o mal de las alturas, lo que hizo más lento el viaje. En Arecuai llegaron extenuados, pero consolados con la cercanía de Huaraz, donde se encontraba el Libertador. Durmieron allí en compañía de oficiales y viajeros, acostados en el árido suelo, con las sillas de montar por cabecera.

Este recorrido no fue empresa fácil para los dos viajeros extranjeros. Sin embargo, hombres cultos y acostumbrados a los peligros del mar, supieron sobreponerse a las dificultades y tuvieron tiempo incluso de observar con atención el majestuoso paisaje andino que recorrieron, las gentes que les salían al paso en los desnudos caminos, la manera como se desenvolvía la vida en aquellas regiones desoladas donde el viento corta las carnes y el hambre acosa como fiera a los pocos viajeros que por las noches tienen la suerte de llegar sin contratiempos a los tambos indígenas. Todo lo fueron viendo y reteniendo en sus mentes: indios taciturnos mascando coca para calmar el hambre, mujeres que ofrecían con coquetería cigarros extraídos graciosamente del seno, taimados alcaldes que tenían más aspecto de bandidos que de funcionarios, militares curtidos por las duras campañas, la intemperie y el fuego de las batallas. En fin, todo un mundo mágico, de grandes contrastes donde la mayor de las veces la realidad suele ser superior a la ficción, y que bulle inquieto en el dilatado espacio que va de los arenales del Pacífico a los fríos ventisqueros de los Andes.

ANTE LA PRESENCIA DEL GENERAL MÁS PODEROSO DE LA AMÉRICA DEL SUR

Declinaba la tarde en Huaraz cuando los dos viajeros acompañados de un taciturno guía indio, hicieron su entrada en la pequeña población. Después de un breve diálogo con el prefecto y a poco de haber andado, refiere Paulding, «entramos en un gran patio donde estaba la guardia. Un oficial de ella, capitán o teniente, era un mulato atezado y varios de los soldados pertenecían a la misma raza mixta. Habiendo pasado el recado de mi llegada, bien pronto me hallé en una situación que fue menester llamar toda mi firmeza en mi socorro. Yo fui introducido a un gran salón donde el general Bolívar estaba sentado a comer con cuarenta o cincuenta de sus oficiales vestidos de hermosos uniformes, y como me dieron a conocer por oficial de la marina de los Estados Unidos, S.E. se levantó de la mesa, me dio cordialmente la mano y me hizo sentar a su lado. Me convidó a comer, pero luego me disculpó cuando me escusé de hacerlo. Yo presumo, dijo él, que usted no habrá tenido mucho vino por el camino que ha traído, y así espero no se negará a tomar un vaso de champaña. Luego me hizo algunas preguntas sobre el viaje, habló libremente acerca de otros temas, e invitó a los oficiales presentes a llenar los vasos y brindar a mi salud...»

La cordialidad, la franqueza y la cortesía exenta de toda ceremonia de que hizo gala el Libertador Simón Bolívar, disiparon enteramente la cortedad de Paulding, quien se sentía incómodo con su traje astroso y su barba de muchos días.

Cuando terminó la comida, el marino norteamericano preguntó al Libertador si quería recibir en el acto los despachos que había tenido la honra de traer, o si se los entregaba al día siguiente.

—Ahora mismo los recibiré y examinaré inmediatamente, respondió Bolívar. «Y cuanto antes me sea posible despacharé la respuesta para que usted la lleve a su comandante».

Seguidamente el Libertador se disculpó con Paulding por no poderlo hospedar allí mismo, ya que no había un cuarto desocupado en la casa. El capitán fue comisionado para dejar al norteamericano y su compañero Mr. Hunter, en la residencia de don Manuel Sal y Rosa, uno de los alcaldes de la ciudad.

Al día siguiente, a las once de la mañana, Paulding pasó al alojamiento del Libertador en compañía del general Miller, Bolívar salió a recibirlo a la puerta, reprochó al norteamericano no haber ido a almorzar con él, y seguidamente lo llevó a su despacho. Allí Paulding expuso varios aspectos relacionados con los problemas que estaba ocasionando el bloqueo que el Almirante Martín Guise, comandante de las fuerzas navales patriotas, mantenía sobre la costa ocupada por los españoles. Eran los días en que los realistas se habían hecho fuertes en la fortaleza del Callao.

El Almirante patriota no daba plenas garantías a los buques neutrales para su desplazamiento por la zona del conflicto, y varios comerciantes norteamericanos se quejaban de que sus barcos con mercadería habían sido confiscados sin ninguna indemnización.

El Libertador desaprobó la conducta del Almirante Guise. Dijo que no había seguido sus instrucciones; que iba a enviarle otras nuevas, y que si no las observaba desatendiendo el Derecho de Gentes, él haría que fuese castigado. «Habló en términos muy honoríficos de la tolerancia y moderación que distinguía la conducta conciliadora que había seguido el Comodoro Hull, concluyendo con la cláusula, de que no se debía esperar menos de un oficial que había dado tantos días de gloria a su patria».

Luego habló Bolívar —dice Paulding— «de los sacrificios y padecimientos de Colombia en la causa de la libertad, tocando por incidencia el punto de la generosa simpatía que había siempre encontrado en el pueblo de los Estados Unidos. Después se refirió al estado político de Europa con relación a las nuevas repúblicas

americanas, de las amenazas de la Santa Alianza, y de su seguridad de que ni Francia ni Rusia intervendrían en la independencia de la América Española. Dijo que era natural que los Estados Unidos desearan buen suceso a los nuevos estados americanos, puesto que ese país había pasado por la misma prueba, y que ante todo su causa era la libertad. Que ni Francia ni Rusia podrían hacer la guerra a las nuevas repúblicas del continente joven, sin ser contrariadas por Inglaterra y los Estados Unidos, lo cual no ignoraban aquellas naciones. Tampoco se les oculta a ellas el resultado de exponer a sus súbditos al contagioso ejemplo que presenta un pueblo libre cuando lucha contra sus tiranos».

«Francia—agregó el Libertador— «no ha olvidado todavía su revolución que si no ocasionada, al menos fue acelerada por los principios liberales de que se habían imbuido las tropas enviadas en auxilio del pueblo de los Estados Unidos».

«Yo guardaba silencio y le escuchaba como es de suponer con vivo interés. Yo no sentía ningún embarazo en su presencia — refiere Paulding—, sus modales eran los más propios para desvanecer cualquier impresión de esta clase, porque aunque yo era a su lado tan sólo un sujeto humilde y él el hombre más distinguido de los que entonces vivían, nuestra posición relativa era bien entendida de ambos y debidamente apreciada».

INOLVIDABLE CENA JUNTO AL LIBERTADOR

A las cuatro y media avisaron que la cena estaba dispuesta. Un gran número de oficiales se reunió en el salón. «Todos saludaron al Libertador cuando se presentó, y poniéndose este grande hombre a mi derecha y Mr. Hunter a su izquierda, los demás se fueron sentando a la mesa, la cual fue servida del modo más llano posible. Toda la mañana había mostrado el Libertador un semblante grave y pensativo, que hasta tocaba en melancólico. Pero desde el momento en que se sentó a la cabecera de la mesa, rodeado

de oficiales de su ejército, pareció otro enteramente. Todo aquel gesto sombrío desapareció de sus facciones, sus ojos centelleaban de vivacidad, dirigiéndose de uno a otro a todos los convidados con un torrente de dichos agudos y chanzas ligeras, y difundiendo en los ánimos tanto buen humor y encanto, que embelesados los ojos de todos estaban fijos en él con extático deleite».

El Libertador hizo un encendido elogio del veterano coronel Sands y su regimiento Rifles. Rememoró sus campañas y dijo que «ni en la historia antigua ni en la moderna podía hallarse ejemplos más brillantes de patriótico denuedo ni de heroísmo individual, que los que presentaba los anales de la revolución de Colombia».

«La cena —dice Paulding— se sirvió según la costumbre española, en diferentes entradas, Bolívar comió con apetito. También bebía francamente del vino, y animaba a los comensales a hacer lo mismo. Improvisó varios brindis, uno de ellos a la memoria de Jorge Washington, con cuyo motivo apuramos nuestras copas levantados de pie. Otro fue el siguiente que escrito de su propio puño y letra, antes de salir de Huaraz conseguí de su secretario y decía así: «Por el señor Clay, el más liberal y amigo de la América independiente. Por el Comodoro Hull que tan notablemente se maneja en el mar Pacífico, y tanto se acuerda con el Comodoro Brow en la defensa de la ley de las naciones con respecto a los derechos marítimos».

«Ya se debe suponer que yo no podría oír tantos cumplidos y tantas expresiones de afecto a mi nación sin deseo vehemente de retornar mis obsequios. Habiéndose, pues presentado la oportunidad, la abracé con mucho gusto y desempeñé mi deber en los términos que me parecieron estar a la sazón en armonía con los deseos generales, brindando «por el buen suceso del Ejército Libertador del Perú y del Washington del Sur. Que la gloria no lo desampare nunca», cuya expresión fue recibida con altos y repetidos vivas».

En medio de la comida, el Libertador se encaró con el oficial norteamericano y le dijo: —Mis enemigos me calumnian mucho y entre otras mentiras, dicen que yo uso cubiertos de oro». Y mostrándole el cuchillo desgastado y ordinario que utilizaba, añadió sonriéndose: —¿Tiene esto traza de oro?

—Dicen también —prosiguió Bolívar— que quiero fundar un imperio en el Perú o agregar el Perú a Colombia, para establecer un gobierno absoluto, poniéndome yo a la cabeza. Pero todo eso es falso y me hacen un gran agravio. Si el corazón no me engaña más bien seguiré los pasos de Washington y preferiré tener una muerte como la suya, antes que ser monarca de toda la tierra, y esto lo saben bien los que me conocen. Mi única ambición es la gloria de Colombia y ver a mi patria en la línea de las naciones cultas».

Refiriéndose al destino de la Gran Colombia Bolívar dijo: —Este país no puede prosperar en los primeros cien años. Es menester que pasen dos o tres generaciones. Se debe fomentar la emigración de las gentes de Europa y de América del Norte, para que se establezcan aquí con sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y angloamericanos, cambiarían el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero».

El Libertador habló también de la diferencia existente entre la Constitución norteamericana y la de Colombia, exponiendo sin rodeos su parecer.

—Con un gobierno más fuerte sería su nación en cincuenta años la más poderosa del mundo. Su comercio debería ser muy vasto, porque los paisanos de usted son valientes y emprendedores. Ustedes tienen buenos puertos, abundancia de madera de construcción e hierro, y con el tiempo superarán a los ingleses en el mar. Y añadió: «Toda Europa vendrá a ser libre embebiendo los principios de América y viendo los efectos de la libertad en la

prosperidad de los pueblos. El mundo civilizado en menos de cien años será gobernado por la filosofía, y no existirán los reyes. El pueblo conocerá su poder y las ventajas de la libertad».

Paulding interrogó al Libertador: —No hay uno solo entre mis paisanos que no sienta un vivo interés en los episodios de la vida de V.E. Permitame V.E que le pregunte: «Qué cosa fue la que le indujo a emprender la revolución de Colombia?»

—Desde mi niñez—respondió Bolívar— «no pensaba en otra cosa. Yo estaba encantado con las historias de Grecia y Roma. La revolución de los Estados Unidos era reciente y presentaba un ejemplo. El carácter de Washignton, sobre todo, encendía en mi pecho la emulación».

Luego recordó su estadía en París, el juramento del Monte Sacro, las penurias de sus destierros, y finalmente evocó la barbarie de los cabecillas españoles: Boves, «peor que un tigre» y otros de la misma laya que arrebataron a Colombia, es decir a Venezuela y Nueva Granada, no menos de quinientas mil vidas en el trágico ciclo de la guerra a muerte.

RETRATO HABLADO DEL LIBERTADOR

De su entrevista con Simón Bolívar, Hiram Paulding hizo el siguiente retrato del héroe. «En la conversación ordinaria el semblante del Libertador presentaba un aire melancólico y apenas levantaba los ojos del suelo. Pero si trataba algún asunto que le interesaba mucho, entonces adquiría mucha vivacidad, miraba cara a cara al que le escuchaba atento y en cada gesticulación se veía expresada un alma encendida de vivas pasiones».

«Era bien parecido, tanto de semblante como de persona. Su estatura, aunque no alta, tampoco era pequeña. Tenía la tez trigueña, aunque tal vez estaba más de lo que realmente era, por

estar continuamente expuesto a las faenas e intemperie de una vida militar en un clima cálido. Sus ojos tenían una expresión que creo que no puede pintarse ni con el pincel ni con la pluma. El color de ellos era castaño oscuro. Todo en él era grande e infundía respeto y admiración».

Al día siguiente, «a las once de la mañana, nos llamaron para almorzar con mucha pena mía. Luego que nos levantamos de la mesa y me despedí del Libertador, su secretario me entregó la respuesta a los despachos de mi Comandante, y habiendo mandado S.E. poner a mi disposición cinco mulas buenas y dándome un pasaporte en términos casi tan fuertes como el del gobernador de Huancho, tomé mi camino».

Iram Paulding y Mr. Hunter regresaron a la costa peruana por el camino de los medanales de Trujillo. En su misión habían cubierto una distancia de mil quinientas millas a través de un país en guerra y desconocido para ellos. Pero sus esfuerzos no fueron en vano. Trajeron en sus memorias las múltiples imágenes de una experiencia inolvidable, y sobre todo la dicha de haber conocido y gozado de la amistad y estimación de uno de los hombres más extraordinarios que ha dado la América.

DESPUÉS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

Cuando se difundió la noticia de la victoria del Ejército Libertador en la llanura de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), comandado por el general Antonio José de Sucre, que liquidó definitivamente el poderío español en América del Sur, el Comodoro Isaac Hull escribió al Libertador la siguiente carta:

«A bordo de la fragata *United States Bahía del Callao*, 18 de diciembre de 1824

A S.E. Simón Bolívar

Señor:

Permítame V.E. que le felicite por las noticias que acabo de recibir de Lima.

Esta es la realización de los deseos que todos los amantes de la libertad y del género humano, y el más esplendoroso término de los estupendos esfuerzos que tan notablemente ha hecho V.E. en la causa de la libertad.

Mucho siento no poder presentar a V.E. mis respetos personalmente, pero la situación peculiar en que me encuentro desde la llegada de V.E. a esta parte del Perú es lo único que me priva de este honor.

Espero ver pronto desaparecer esa situación, y entonces me presentaré ante aquel cuyo genio es admirado y respetado por todo norteamericano.

Soy de V.E. muy atento y obediente servidor,

Isaac Hull

Comandante de las Fuerzas Navales de los Estados Unidos en el Pacífico.

Iram Paulding llegó a ser Vicealmirante de la flota norteamericana y diez años después de su memorable entrevista con el Libertador en Huaraz, plasmó sus recuerdos en un libro titulado «**Un rasgo de Bolívar en Campaña**», considerado hoy día una verdadera rareza bibliográfica, y el cual hemos consultado para la elaboración de este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

1. **A Sketch of Bolívar in his Campaign**, New York, 1834. Washington, Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.
2. **Life of Hiram Paulding. Rear-Admiral, U.S.N.** by Rebeca Paulding. Edt. The Baker Taylor Company, 1910, Reprinted from «Bolívar in his Campaign». New York, 1834.
3. Bolívar, Simón. **Obras Completas**. Editorial Lex, La Habana, Cuba, 1947.
4. **Documentos para la historia de la vida pública del Libertador**. Blanco, José Félix. Tomo IX, Caracas, Imprenta de La Opinión Nacional, 1876.
5. Belaunde, Víctor Andrés. **Bolívar y el Pensamiento Político de Revolución Hispanoamericana**. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1974.